

mo á las hojas secas los remolinos del viento. Suspiré anhelante por pisar la tierra de China. Después de largos preparativos, aligerados á peso de oro, una noche, por fin, partí para Marsella. Había alquilado un buque entero: *El Ceilán*. Y á la mañana siguiente por un mar azul-prusia, bajo el vuelo blanco de las gaviotas, cuando los primeros rayos del sol ruborizaban las torres de Nuestra Señora de la Guardia, puse proa hacia Oriente.



IV

*El Ceilán* tuvo un viaje monótono y lleno de calma hasta Shang-Hai. Desde allí subimos por el río Azul hasta Tien-Tsin en un pequeño *steamer* de la Compañía Russel. Yo no iba á visitar la China con esa curiosidad ociosa de turista; todo el paisaje de aquella provincia, semejante al de un vaso de porcelana, de un tono azulado y vaporoso, con colinitas peladas y de tiempo en tiempo un arbusto solitario, no me hizo salir de mi sombría indiferencia.

Cuando el capitán del *steamer*, un yanqui imprudente, de hocico de cerdo, al pasar por Nankin, me propuso ir á recorrer las monumentales ruinas de la vieja ciudad de porcelana, yo rechacé la proposición con un seco movimiento de cabeza, sin levantar los ojos tristes de la tranquila corriente del río.

¡Qué pesados é insoportables me parecieron los días de navegación de Tien-Tsin á Tung-Chou, en barcos chatos que apestaban con el olor y suciedad de los remeros; ora á través de las tierras bajas inundadas por el Pei-hó, ora á lo largo de pálidos é infinitos arrozales; cruzando aquí una lúgubre aldea de loma negra, allá un campo cubierto de flores amarillas, topando á cada momento con cadáveres de mendigos, hinchados y verdosos, que descendían al fondo del agua, bajo un cielo fosco y bajo.

En Tung-Chou quedé sorprendido al ver la escolta de cosacos que mandaba á mi encuentro el viejo general Camilloff, heróico oficial de las campañas del Asia Central, y entonces embajador de Rusia en Pekin. Me habían recomendado á él como un sér precioso y raro. El lenguaraz intérprete Sa-Tó, que el general había mandado para ponerse á mi servicio, me explicó que las cartas del sello imperial anunciando mi llegada, se habían recibido hacia tiempo por conducto de los correos de la cancillería que atraviesan la Siberia en trineos, desciende sobre los lomos del camello hasta la Gran Muralla tártara, y entregan allí

su maleta á esos corredores mongólicos, vestidos de cuero escarlata, que noche y día galopan hacia Pekín.

Camilloff me enviaba un *poney* de la Manchuria, enjaezado de seda, y una tarjeta de visita con estas palabras escritas con lápiz bajo su nombre: «¡Salud! ¡El caballo es blando de boca!»

Monté el *poney*; y á un ¡hurra! de los cosacos, entre la heroica agitacion de las lanzas, partimos á galope por la polvorienta planicie, porque ya la tarde declinaba, y las puertas de Pekin se cierran apenas el último rayo de sol huye de las torres del Templo del Cielo. Al principio seguimos un camino, formado por el tránsito de las caravanas, atravesado por enormes losas de mármol arrancadas de la antigua Via Imperial. Después pasamos el puente de Palitas. Corrimos á la orilla de canales de agua negra; comenzaron á aparecer pomares y aldeas anidadas al pie de una pagoda, y de repente, en un recodo del camino, me paré asombrado.

¡Pekin estaba delante de mí! Es una vasta muralla, monumental y bárbara, de un negro obscuro, extendida hasta perderse de vista, y

destacándose con la arquitectura babilónica de sus puertas de techos curvos, sobre el fondo sangriento de la púrpura del sol poniente.

A lo largo, hacia el norte, en medio de una nube rojiza, veíase, como suspendidas en el aire, las montañas de la Mongolia.

Una pica litera me esperaba á la puerta de Ung-Tsen-Men, para conducirme á través de Pekin, hasta la residencia militar de Camilloff. Ahora, la muralla, vista de cerca, parecía levantarse hasta los cielos con todo el horror de una construcción bíblica.

En su base se apiñaba una confusión de barracas, feria exótica, donde pululaba una multitud rumorosa, y la luz de las linternas oscilantes salpicaba el crepúsculo de vagas manchas sangrientas. Los toldos blancos parecían al pie del negro muro bandadas de mariposas inmóviles.

Una gran tristeza se apoderó de mi alma. Entré en la litera, y cerrando las cortinas de seda escarlata bordadas de oro, escoltado por los cosacos, penetré en la vieja Pekin, por su puerta babélica, en medio de una turba tumultuosa, entre carretas, caballeros mongólicos armados de flechas, boñzos de túnica blanca,

marchando uno á uno, y largas filas de dromedarios balanceando cadenciosamente su carga.

Al poco rato la litera se paró. El respetuoso Sá-Tó describió las cortinas, y me hallé en un jardín, oscuro y silencioso, donde, entre sicomoros seculares, kioscos iluminados, brillaban con una luz suave, como colosales linternas perdidas en la selva. Los surtidores y las fuentes murmuraban en la sombra. Bajo un peristilo, formado de maderos pintados de rojo, iluminado por hileras de faroles de papel transparente, me esperaba una membruda figura de bigotes blancos, apoyada en un grueso sable. Era el general Camilloff. Al adelantarme hacia él, lo hacía con el paso inquieto de las gacelas que, asustadas, huyen sin ruido entre los árboles.

El viejo héroe me apretó un momento contra su pecho, y me condujo luego, según los usos chinos, al baño de la hospitalidad, una vasta pila de porcelana, donde entre rodajas finas de limón sobrenadaban esponjas blancas despidiendo un fuerte olor á lilas.

Poco después la luna bañaba deliciosamente los jardines; y yo, muy fresco, de corbata

blanca, entraba del brazo de Camillon en el *boudoir* de la generala. Era alta y rubia, tenía los ojos verdes de las sirenas de Homero; en el descote bajo de su vestido de seda llevaba prendida una rosa blanca; y en los dedos, que yo besé respetuosamente, erraba un perfume fino de sándalo y de té.

Hablamos mucho de Europa, del nihilismo, de Zola, de Leon XIII, y de la delgadez de Sarah.

Por la galería abierta penetraba un aire cálido que trascendía á heliotropo. Después la dama se sentó al piano, y con su voz de contralto rompió el silencio melancólico de la ciudad tártara, cantando las picantes arias de *Madame Javart* y las melodías fatigosas del *Rey de Lahore*.

Al día siguiente, encerrado con el general en uno de de los kioscos del jardín, le conté mi lamentable historia y los motivos fabulosos que me impulsaron á venir á Pekin. El héroe me escuchaba silencioso, retorciéndose sombríamente su espeso bigote de cosaco.

—¿Sabe usted el idioma chino?—me preguntó de repente, clavando en mí sus pupilas sagaces.

—Sé dos palabras importantes, mi general: *Mandarin* y *Té*.

El héroe se pasó la mano de gruesos tendones sobre la horrible cicatriz que le cruzaba la calva:

—*Mandarin*, amigo mío, no es palabra china, y nadie la entiende en este país. Es el nombre que en el siglo XVI los navegantes de su patria, de su hermosa patria...

—Cuando nosotros teníamos navegantes... —murmuré suspirando. Mi interlocutor suspiró también, por cortesía, y continuó:

—...Que sus navegantes dieron á los funcionarios chinos. Viene de su verbo, de su lindo verbo...

—Cuando teníamos verbos...—interrumpí yo, por esa costumbre instintiva en los peninsulares de hablar mal de la patria.

El general entornó un momento sus ojos redondos de viejo astuto, y prosiguió paciente y grave:

—De su lindo verbo *mandar*... Le queda, por lo tanto, una palabra, *té*. Es un vocablo que tiene gran importancia en la vida china, más lo creo insuficiente para servir en todas las relaciones sociales. Mi querido huesped

pretende casarse con una señora de la familia de Ti-Chin-Fú, continuar la gran influencia que ejercía el Mandarín, y substituir, doméstica y socialmente á ese llorado difunto... Para todo eso dispone de la palabra *té*. Es poco.

No pude negar que era poco. El venerable ruso, frunciendo su nariz de pico de milano, me opuso aún otras objeciones que yo veía levantarse ante mi deseo como las murallas mismas de Pekin; ninguna señora de la familia de Ti-Chin-Fú consentiría en casarse con un extranjero; y sería imposible, absolutamente imposible, que el emperador, el Hijo del Sol, concediese á un extraño los honores privilegiados de un Mandarín.

—¿Por qué me los negaría?—exclamé.—Yo pertenezco á una distinguida familia de la provincia del Miño. Soy licenciado, por lo tanto, en China como en Coimbra, soy letrado. He pertenecido á una oficina del Estado... Poseo millones. Tengo la experiencia del estilo administrativo...

El general se iba inclinando respetuosamente ante la abundancia de mis atributos.

—No es—dijo al fin—que el emperador real-

mente lo rechace; es que el individuo que lo propusiese sería inmediatamente decapitado. La ley china, en este punto, es explícita y severa.

Bajé la cabeza, abrumado.

—Mas, general,—murmuré,—yo quiero librarme de la presencia odiosa del viejo Ti-Chin-Fú y de su papagayo... Si yo entregase la mitad de mis millones al tesoro chino, ya que no me es dado personalmente, como Mandarín, aplicarlos á la prosperidad del Estado, tal vez Ti-Chin-Fú se calmase.

El general puso paternalmente su ancha mano sobre mi hombro.

—Error, considerable error, joven. Esos millones nunca llegarían al Tesoro imperial. Se quedarían en los bolsillos insondables de las clases directoras; serían disipados en plantar jardines, coleccionar porcelanas, alfombrar salones y vestir de seda á las concubinas: no alimentarían una sola piedra de los caminos públicos... Irian á enriquecer la orgía asiática. El alma de Ti-Chin-Fú debe conocer bien el Imperio, y eso no le satisfaría.

—¿Y si yo emplease parte de la fortuna del viejo en hacer particularmente, como filántro-

po, largas distribuciones de arroz al pueblo hambriento? Es una idea.

—Funesta,—dijo el general, frunciendo horriblemente el entrecejo.—La corte imperial vería en esto una ambición política, un plan para ganar el favor de la plebe, un peligro para la dinastía... Mi buen amigo sería decapitado... Es grave.

—¡Maldición!—grité.—¿Entonces para qué he venido á la China?

El diplomático se encogió de hombros; mas luego mostró en una sonrisa maliciosa sus dientes amarillentos de cosaco:

—Haga una cosa. Busque á la familia de Ti-Chin-Fú.

Y añadió:

—Yo, indagaré del primer ministro, su excelencia el príncipe Tong, donde pára esa familia tan interesante, después reúnalos usted y arrójeles una ó dos docenas de millones; organice para el difunto unos funerales regios, funerales de gran ceremonia con un séquito de una legua de largo, filas de bonzos, todo un mundo de estandartes, palanquines, lanzas, plumas, pendones encarnados y, por último, legiones de plañideras lanzando gritos lamen-

tables. Si después de todo su conciencia no se adormece y el fantasma insiste...

—¿Entonces?

—Entonces mataos.

—Muchas gracias, mi general.

\*  
\* \*

Una cosa, sin embargo, era evidente y en ello estuvieron de acuerdo Camilloff, el respetuoso Sá-Tó y la generala, que para tratar á la familia de Ti-Chin-Fú, formar en el séquito de los funerales y, en una palabra, introducirme en la vida de Pekin, era preciso, desde luego, vestirme con un traje conforme á las maneras y al ceremonial de los mandarines.

Mi faz amarillenta y mi largo bigote caído, favorecían el plan. Y cuando á la mañana siguiente, después de haber regateado con los sastres de la calle Chá-Cona, entré en la sala tapizada de seda escarlata, donde ya brillaba la vajilla del almuerzo sobre la mesa de hule negro, la generala retrocedió como si apareciese el propio Tong-Tché, Hijo del Cielo.

Yo ostentaba una túnica de brocado azul obscuro abotonada á un lado, con el peto ricamente bordado de dragones y flores de oro;

encima una sobreveste de seda de un tono azul más claro, corta, amplia y fofa; las calzas, de satén color de avellana, descubrían ricas babuchas amarillas, respunteadas de perlas y un poco de la media sembrada de estrellitas oscuras, y á la cintura, en una linda faja recamada llevaba metido un abanico de bambú, de los que ostentan el retrato del filósofo La-o-Tsé, y son fabricados en Lwatón; y por esas misteriosas correlaciones con que el vestido influye en el carácter, yo sentía ya dentro de mí ideas é instintos chinescos; el amor á los ceremoniales meticulosos, el respeto burocrático á las fórmulas, un abyecto terror hacia el emperador, el odio á lo extranjero, el culto por los antepasados, el fanatismo de la tradición, el gusto por las cosas azucaradas.

Alma y vientre eran por completo de un Mandarín. Así es que no dije á la generala: *Bon jour, madame*, sino que, doblado por la cintura, haciendo girar los puños cerrados sobre la frente, baja, hice gravemente el *chinchín*

—¡Está usted adorable, preciosos!—decía ella con su linda sonrisa, golpeando las manos diminutas y pálidas.

En honor de mi nueva encarnación, habían

preparado aquella mañana un almuerzo chino. ¡Qué gentiles servilletas de papel de seda escarlata con monstruos fabulosos dibujados en negro! La comida dió comienzo por ostras de Ning-Pó. ¡Excelentes! Me sorbí dos docenas con verdadero regalo oriental. Después sirvieron deliciosas fibras de aletas de tiburón, ojos de carnero con picado de ajo, un plato de nenúfares en compota, naranjas de Cantón, y, en fin el arroz tradicional, el arroz de los abuelos. Todo esto con la ayuda de unas cuantas botellas de excelente vino de Chao-Chigné. Y, en fin, con qué gozo saboreé mi taza de té imperial, té de la primera cosecha de Marzo, cosecha única que es celebrada como un rito santo por las manos puras de las vírgenes.

Entraron dos cantadoras, mientras nosotros fumábamos, y durante largo tiempo, entonaron con una modulación gutural viejas cántigas de los tiempos de la dinastía Ming al són de guitarras forradas de piel de serpiente, que dos tártaros, en cuclillas, rasgueaban con una cadencia melancólica y bárbara. La China tiene encantos raros.

Después la rubia generala cantó con gracia, la *Femme á barbe*: y cuando el general marchó

con su escolta cosaca hacia el Yamen del príncipe Tong, á informarse de la residencia de la familia Ti-Chin-Fú, yo, repleto y bien dispuesto, salí con Sá-Tó á ver Pekin.

\*  
\* \*

La vivienda de Camilloff quedaba en la ciudad tártara, en los barrios militares y nobles. Reina allí una tranquilidad austera. Las calles semejan largos caminos de aldea surcados por las ruedas de los carros; y casi siempre se camina pegado á los muros, de donde salen ramas horizontales de sicomoros.

A veces, una carreta pasa rapidamente, al trote de un poney mogol, con altas ruedas claveteadas de clavos dorados; todo en ella oscila: el toldo, las cortinas de seda, los penachos de plumas de los ángulos; y dentro se entrevé alguna hermosa dama china, cubierta de brocado claro, la cabeza toda llena de flores, haciendo girar en las muñecas dos aros de plata, con un aire de tedio ceremonioso: Después alguna aristocrática litera de mandarín, que koolíes vestidos de azul, con la coleta suelta, llevan al trote, encorvados, hacia los Yamens

del Estado; precédeles un criado que levanta en el aire rollos de seda con inscripciones bordadas, insignias de autoridad; y dentro el personaje gordinflon, de enormes lentes redondos, ojea sus papeles ó dormita con el labio caído.

A cada momento nos parábamos para admirar las ricas tiendas, con sus tabletas verdes de letras doradas sobre fondo negro; los parroquianos, en un silencio de iglesia, examinan las preciosidades: porcelanas de la dinastía Ming, bronces, esmaltes, marfiles, sedas, armas, los abanicos maravillosos de Swatón; á veces, una fresca joven de ojos oblicuos, vestida de azul, con amapolas de papel en la cabeza, desdobla algún rico brocado delante de algún grueso chino que la contempla beatíficamente con los dedos cruzados sobre la panza: al fondo, el mercader, aparatoso é inmóvil, escribe sobre tablillas de sándalo, y un perfume, suave que entristece y perturba, brota de todas las cosas.

¡He aquí las murallas que cercan á la ciudad interdicta, morada santa del Emperador! Jóvenes de familias patricias, descienden de la terraza de un templo, donde estuvieron adiestrándose en el manejo de la flecha. Sa-Tó me dice



sus nombres: forman parte de la guardia selecta, que en las ceremonias da escolta al quitasol de seda amarilla, con un dragón bordado, que es el emblema sagrado del Emperador.

Todos ellos complimentan profundamente á un viejo de barbas venerables, con sobreveste amarilla, privilegio de los ancianos. Iba hablando solo y llevaba en la mano una vara donde se posaban dos pájaros domesticados. Era un príncipe del Imperio.

¡Extraños barrios! Mas nada me divertía tanto como ver á cada instante en la puerta de un jardín, dos mandarines panzudos que para entrar se hacían infinitas zalemas y cortesías, sonriendo, todo un ceremonial dogmático, que les hacía oscilar de un modo picaresco sobre las espaldas las largas plumas de pavo. Donde quiera que se levantaban los ojos se veían siempre enormes cometas de papel, ora en forma de dragones, ora de cetáceos ó aves fabulosas, llenando el espacio de una inverosímil legión de monstruos transparentes y ondeantes.

—¡Sa-Tó, basta de ciudad tártara! Vamos á ver los barrios chinos.

Y allá fuimos, penetrando en la ciudad chi-

nesca por la parte populosa de Tchín-Men. Aquí habita la burguesía, los mercaderes y el populacho. Las calles alineanse como una pauta; y en el suelo vetusto y enlulado, hecho con inmundicias de cien generaciones, aun se ven algunas de aquellas losas de marmol de color de rosa que en otra era, en tiempo de la grandeza de Ming, lo cubrían.

Forman las calles, ora terrenos pedregosos donde aullan manadas de perros hambrientos, ora filas de chozas toscas, ora pobres tiendas con sus tabletas balanceándose en un asta de hierro.

A lo lejos se alzan los arcos triunfales hechos con barrotes de color de púrpura, ligados en lo alto por un tejado oblongo de tejas azules que brillan como esmaltes. Una multitud rumorosa y apiñada, donde domina el tono pardo y azulado de los trajes, circula sin cesar; el polvo lo envuelve todo en una nevada amarilla; un hedor acre se respira en el aire; y á cada momento largas caravanas de camellos atraviesan la multitud, conducidos por mongoles sombríos, vestidos de pieles de carnero...

Fuimos hasta los caminos de los puentes

sobre los canales, donde saltimbanquis semidesnudos, con máscaras simulando demonios pavorosos, hacen destrezas con una picardía bárbara y sutil; y mucho tiempo estuve admirando los astrólogos que, vestidos con largas túnicas, adornados con dragones de papel, venden ruidosamente horóscopos y consultas de astros. ¡Oh, ciudad fabulosa y singular!

De repente se levantó una gritería espantosa. Corrimos; era una cuerda de presos, que un soldado, de grandes lentes, empujaba con su quitasol, amarrados los unos á los otros por el extremo de la coleta. En aquella avenida vi también el cortejo de un funeral de Mandarín, todo ornado de oriflamas y banderolas; grupos de hombres fúnebres quemaban papeles en braseros portátiles; mujeres desaharrapadas aullaban de dolor revolcándose sobre los tapices; después se levantaban, y un koolí, vestido de blanco, en señal de luto, le servía el té en un gran plato en forma de ave.

Al pasar junto al Templo del Cielo, vi apiñada en una grada una legión de mendigos; llevaban por todo indumento un trapo amarrado á la cintura con un cordel; las mujeres, con los cabellos cubiertos de viejas flores de

papel, roían huesos tranquilamente, y los cadáveres de las criaturas se pudrían á su lado bajo el vuelo de los moscardones. Más adelante encontramos una jaula donde un condenado extendía, á través de los barrotes, las manos descarnadas, implorando una limosna... Después Sa-Tó, mostróme respetuosamente una plaza estrecha: allí, sobre pilares de piedra, se veían pequeñas jaulas conteniendo cabezas de decapitados, goteando sangre espesa y negra.

—¡Oh!—exclamé fatigado y aturdido.—Sa-Tó, ahora quiero reposo, silencio y un cigarro caro...

El intérprete inclinóse; y por una escalera de granito me llevó á las murallas de la ciudad, las cuales forman una explanada que cuatro carros de guerra apareados podrían recorrer durante leguas.

Mientras Sa-Tó, sentado en el hueco de una almena bostezaba en un desahogo de *cicerone* fastidiado, yo, fumando, contemplé largo rato, á mis pies, la vasta y sagrada Pekin.

Es como una formidable ciudad de la Biblia, Babel ó Nívive, que el profeta Jonás tardó tres días en atravesar. El grandioso muro cuadra-

do limita los cuatro puntos del horizonte con puertas de torres monumentales, que el aire azulado, desde aquella distancia, hace parecer transparentes. En la inmensidad de su recinto agloméranse confusamente verdores de bosques, lagos artificiales, canales brillantes, puentes de mármol, terrenos cubiertos de minas, tejados barnizados relucientes al sol; por todas partes se alzan pagodas heráldicas, blancas azoteas de templos, arcos triunfales, kioscos saliendo de entre el follaje de los jardines; después, espacios que parecen montes de porcelana; y siempre á intervalos regulares la mirada encuentra algunos de los bastiones, de aspecto heróico y fabuloso.

La multitud, junto á esas edificaciones grandiosas, es apenas como granos de arena negra que un viento blando trae y lleva.

Aquí está el vasto palacio imperial, entre arboledas misteriosas, con sus tejados de un amarillo de oro muy vivo, ¡Con cuánto gusto penetraría en sus secretos, y vería desfilas, por las galerías sobrepuestas, la magnificencia bárbara de esas dinastías seculares!

A lo lejos se levanta la torre del Templo del Cielo, semejante á tres quitasoles sobrepues-

tos; después la gran columna de los Principios, hierática y seca como el genio de la raza, y delante blanquean en una media tinta sobrenatural, las terrazas de jaspe del Santuario de la Purificación.

Entonces interrogé á Sa-Tó; y su dedo respetuoso fué señalándome el Templo de los Antepasados, el Palacio de la Soberana Concordia, el pabellón de las Flores de las Letras, el kiosco de los Historiadores, brillando, entre los bosques sagrados que los cercan, con sus tejados lustrosos, azules, verdes, escarlata y de color de limón. Yo devoraba con ojos ávidos aquellos monumentos de la antigüedad asiática, lleno de curiosidad por conocer las impenetrables clases que los habitan, el principio de las Instituciones, la significación de las inscripciones, el espíritu de sus ciencias, la gramática, el dogma y la extraña vida interior de un cerebro de letrado chino. Mas ese mundo es inviolable como un santuario.

Me senté en la muralla, y mis ojos perdiéronse en la planicie arenosa que se extiende más allá de los puestos hasta los contrafuertes de los montes mongólicos; allí, airoosamente, se arremolinan ondas indefinibles de

polvo; y á todas horas negrean filas vagarosas de caravanas. Entonces invadió á mi alma una melancolía, que el silencio de aquellas alturas, envolviendo á Pekin, hacía más desolada; era como un cansancio de mí mismo, un largo pensar de mi sentir; allí aislado, absorto en aquel mundo duro y bárbaro. Me acordé, con los ojos húmedos, de mi aldea del Miño, la ventá con un ramo de laurel colgado sobre la puerta, el banco del herrador y las riberas frescas y rozagantes cuando verdean los linos.

Era la época en que las palomas emigran de Pekin hacia el sur. Yo las veía reunirse en bandadas por encima de mí, partiendo de los bosques, de los templos y de los pabellones imperiales; cada una llevaba, para librarse de los milanos, una cañita de bambú que el aire hacía silbar, y aquellas nubes blancas pasaban como impelidas por una brisa suave, dejando en silencio un lento y melancólico suspiro, una ondulación célica, que se perdía en los aires pálidos. Volví á casa, lento y pensativo.

\*  
\*\*

En la comida, Camilloff, desdoblado su servilleta, me preguntó mis impresiones sobre Pekin.

—Pekin me hace sentir muy bien, mi general, los versos de un poeta portugués:

*Sóbalos rios que vão  
por Babylonia me achei...*

¡Pekin es un monstruo!—dijo Camilloff, haciendo oscilar su calva reluciente.—Y ahora considere que en esta capital, á la clase tártara y conquistadora que la posee, obedecen trescientos millones de hombres, una raza audaz, laboriosa, sufrida, política, invasora. Estudian nuestras ciencias... ¿Una copita de Medoc, Teodoro?... ¡Tienen una marina formidable! El ejército, que en otro tiempo creía destrozar al extranjero con dragones de papel de donde salían culebras de fuego, sigue ahora la táctica prusiana y va armado con fusil de aguja! ¡Grave, muy grave!

—Y todavía, mi general, en mi país, cuando á propósito de Macao, se habla del Imperio

Celeste, los patriotas se pasan los dedos por las greñas y dicen negligentemente: «*Mandamos allá cincuenta hombres y barremos la China.*»

Después de citar esta sandez, quedamos silenciosos. El general, tosiendo formidablemente, murmuró luego, con condescendencia:

—¡Portugal es un bello país!

Yo exclamé con sequedad y firmeza:

—¡Una pocilga, general!

La generala, colocando delicadamente en el borde del plato un alón, y limpiándose los dedos, dijo:

—Es el país de la canción de Mignon; el hermoso país donde florece la naranja.

El gordo Meriskoff, doctor alemán de la Universidad de Bom, canciller de la legación, hombre de aficiones poéticas, y gran comentarista, observó con respeto:

—Generala, el dulce país de Mignon es Italia: ¿*Conoces tú la tierra privilegiada donde la naranja da flor?* El divino Goethe se refería á Italia, *Italia mater*. Italia será el eterno amor de la humanidad sensible.

—¡Yo prefiero á Francia! —suspiró la esposa del primer secretario, una jovencita pálida de cabello rizado.

—¡Ah, la Francia!—murmuraron algunos comensales, poniendo los ojos en blanco.

El gordo Meriskoff agitó los lentes de oro.

—Francia tiene un pero, que es la cuestión social.

—¡Oh, la cuestión social!—murmuró sombriamente Camilloff.

Y conversando con tanta sabiduría, llegamos por fin al café.

Al bajar al jardín, la generala apoyándose sentimentalmente en mi brazo, murmuró, junto á mi oído:

—Ay, quién pudiera vivir en esos palacios apasionados donde verdean las naranjas...!

—¡Allí, sí que se ama, generala!—le dije en secreto, llevándola dulcemente hacia la obscuridad de los sicomoros.